¿ES ITACA UN SUEÑO?

Javier Cortines

¿Es Itaca un Sueño?

JAVIER CORTINES

VIAJE A ITACA

Cuando partas hacia Itaca

Pide que tu camino sea largo

Y rico en aventuras y conocimiento…

Con la lectura de este conocido poema de Constantino Cavafis que con el tiempo se ha transformado en una roca jónica sobre la que se yerguen, salpicados de sal, luz y mar, el sangrante ojo de Polifemo, Circe y Poseidón, emprendí el pasado mes de agosto (2007) un viaje a Itaca con el deseo de no encontrar nada: ni las escurridizas ruinas del palacio de Ulises, ni la erosionada efigie de Atenea transformando al héroe en un viejo decrépito, ni pinturas del moribundo Argos, el sarnoso perro que le reconoció nada más verle, ni la playa donde solía apostarse la sempiterna Penélope en su angustiosa espera del hombre que le había arrebatado el corazón: el astuto Odiseo, destructor de Troya.

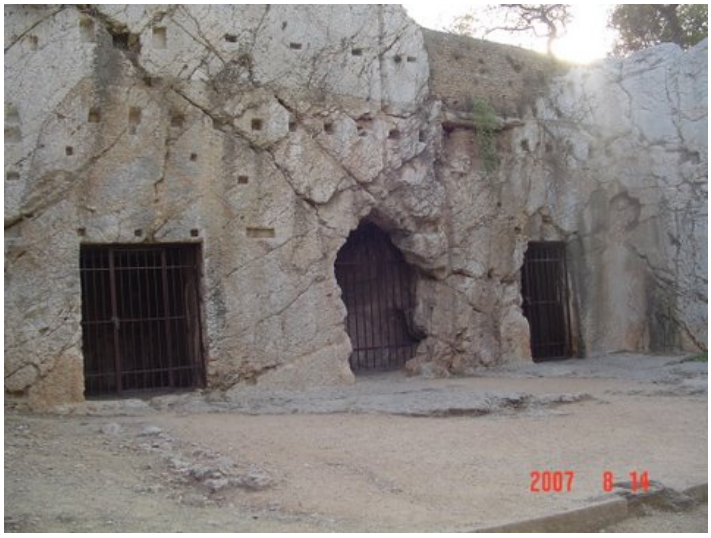
Lleva a Itaca en tu pensamiento

Llegar a ella es tu destino

No apresures el viaje… –continúa Cavafis–

Releyendo el poema cambié el "chip" de mi mente y me blindé contra los actuales detractores de Grecia, contra los decepcionados turistas que, al

no encontrarse a Platón divagando con las sombras de su caverna, gritan que el alma de Atenas ha muerto, que en el Partenón sólo hay una espantosa grúa que amenaza con desplomarse contra Las Cariátides –que no son más que una réplica de las antiguas, dicen–, y que la prisión de Sócrates, a los pies de la Acrópolis, no es más que un montaje para engañar a los ingenuos.



Prisión de Sócrates

Sabía que no me iba a encontrar a Sócrates paseando por el ágora y que los comerciantes de Placa (el barrio que próspera entre las ruinas) seguirían, al igual que hace décadas, escondidos en su laberíntico mercado de casas blanquísimas 'regalando' con elegancia y orgullo reproducciones antiguas de vasos, vasijas y lámparas adornados con escenas mitológicas de Afrodita, Hermes, Zeus, Odiseo y Nereo. No iba a permitir que todo aquello destruyera mi espíritu viajero o degradara esa atmósfera invisible, casi imperceptible, que aún flota entre aquellas ruinas sagradas que todavía desprenden los destellos de inteligencia y profundidad de aquellos amadísimos griegos que supieron lograr una hermosa armonía, irrepetible en la historia de la humanidad, entre belleza,

pensamiento, curiosidad, poesía y erotismo: Dionisio y Apolo.

¿Cuánto desearían los griegos y muchos que no son griegos volver a creer en sus antiguos dioses y filósofos? Por encima de los griegos, sólo estaban los dioses, dice Cavafis. Los romanos y otros pueblos – agrega – eran bárbaros, en modales, costumbres e ideas. ¡Qué lejos estaban del verdadero espíritu helénico!

El primer paso para ir a Itaca es coger un autobús en Atenas, ciudad que en agosto es un auténtico horno, y llegar a la ciudad portuaria de Patras, atravesando el estrecho de Corinto, desde donde salen diariamente "ferrys" a las islas del mar jónico y a Italia, incluyendo a la melancólica Venecia de Marco Polo y de Visconti.

Poseidón

El taxista que nos lleva a mi amante Bao Yan y a mí a la estación de autobuses habla un inglés aceptable y mantenemos una breve conversación:

-¿Qué, de vacaciones?- nos pregunta.

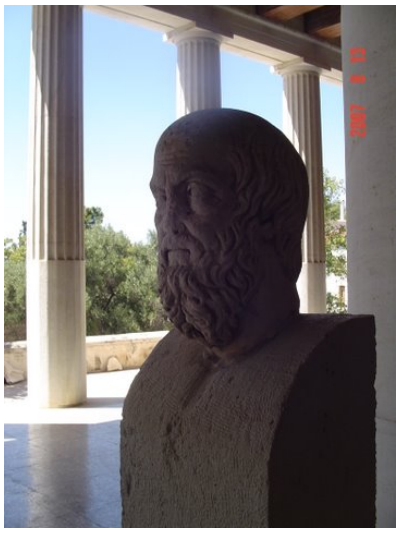
-Si.

-¿Adónde vais? Agrega mirándome a mí y a Bao. Ella nunca ha estado

antes en Grecia y me dice que la patria de Homero se parece más a un país asiático que europeo.

-A Itaca- le respondo.

-¡Ah Itaca! – exclama-. ¡Itaca no existe, es sólo un sueño!



Herodoto

En ese momento siento cierta complicidad con el taxista y hablamos un poco sobre el poema de Cavafis y sobre la Odisea, posiblemente la primera novela de la historia.

Antes de llegar a la estación de autobuses, el hombre reflexiona y nos confiesa, como si nos quisiera revelar un secreto: "En la vida no se puede vivir sin sueños".

Yo, inspirado, le respondo en mi indómito inglés:

—When finish the dreams

Begin drinks,

El conductor, que se encuentra en la cuarentena, se ríe. Parece que comprende la amargura de ese comentario.

****

El autobús, aunque un poco viejo, tiene aire acondicionado. Arranca como un enorme gusano acatarrado. El conductor no pone música.

La puerta del retrete está bloqueada o rota, por lo que no se puede ir al evacuatorio. ¡Una putada, pienso! Muchos viajeros cierran las cortinas para protegerse del implacable sol de agosto, parece que Helios disfruta abrasando con sus rayos de fuego a los frágiles mortales.

Medito en la frase de Bao Yan (que se hace llamar unas veces Francesca y otras Cristina, según su estado de ánimo): "Grecia se parece más a Asia que a Europa". ¡Claro, caigo en la cuenta! Los griegos no miraban hacia Occidente (palabra que viene del verbo latino "Occidere": morir, caer). El mundo, la cultura, el progreso… estaban en Egipto, Siria, Persia y China. A Alejandro Magno le interesaba un comino Italia, los Etruscos, Tartessos y las columnas de Hércules. El discípulo de Aristóteles quería ver con sus propios ojos los primeros frutos de las grandes civilizaciones. ¿Cómo olvidar los elogios que había hecho Heródoto de Egipto? país en el que conocí hace casi treinta años al escritor Carlos Trías, recientemente fallecido, del que guardo inolvidables recuerdos. Habrá que leer con el profundo respeto que te mereces ¡Oh Carlos Trías! tu "Viaje a Delfos", ese viaje al interior de uno mismo que llega un momento en la vida que no se puede posponer.

-"Pídeme lo que quieras"- le dijo Alejandro a Diógenes cuando partía a la conquista del mundo.

- "Apártate, que me quitas la luz"- fue la respuesta del sabio.

¿Puede haber una contestación más helénica que esa? Creo que no, frases así condensan el espíritu griego.

Recorremos durante unas tres horas el Estrecho de Corinto, que separa Grecia continental del Peloponeso. Dejamos Atenas al este y a Esparta al oeste, bastante más abajo. Por cierto, en muchos cines griegos se sigue proyectando la película "300" de Zack Snyder, que trata de la época en que los persas invadieron Grecia y la batalla de Las Termópilas (480 A.C). Del imposible duelo entre Leónidas y Jerjes.

El autobús que salió de Atenas sobre las 07:30 de la mañana llega a Patras a las 10:30. Tras una corta parada de unos diez minutos (el billete completo bus y barco se puede comprar en Atenas por unos 30 euros), se parte en barco hacia la isla de Cefalonia, donde se hace una breve escala, antes de atracar en el destino final: Itaca.

Ahora empieza el viaje. Ha llegado el momento de abrir los pulmones y vivir el mar. El embriagador ponto poco a poco se apodera de ti y de tu alma. Aquí el tiempo se ha roto, mejor, no existe. Ya estás en la época helénica. Ya puedes entrar en la corriente de la Odisea y sentir lo que Homero palpó con tanta pasión. Poseidón emerge a la superficie y muestra su cuerpo de cintura para arriba cubierto de algas mientras agarra con furia su tridente. Se escucha el rumor de una caracola del viejo Nereo que es agasajado en animada fiesta por sus hijas, las Nereidas. Aparece una isla rocosa, abrupta, casi fantasmagórica. Posiblemente allí estaba la cueva de

Polifemo. Por allí, por aquellas aguas, pasó la flota de Odiseo, héroe mítico, que al igual que El Quijote de Cervantes, saltó de la mente del genio creador para hacerse real e inmortal. Ambos salieron de la épica para reencarnarse en hombres y vivir, sin la trampa de los siglos, entre nosotros. Sí, por allí pasó la flota de Odiseo antes de ser destruida en una de sus paradas por los lestrigones, gigantes antropófagos, que cuenta Homero, se comieron a casi todos sus hombres, tras ensartarlos en palos, para darse un festín. Sólo se salvó de aquella carnicería el barco del astuto Odiseo. Los lestrigones hundieron el resto de su flota arrojando enormes rocas contra sus embarcaciones.

El mar jónico es generoso. Te envuelve, te acaricia y te hace soñar. Allí Odiseo vio a las hermosas sirenas, fue encantado por Circe y castigado por Poseidón por cegar a su hijo Polifemo. En estas aguas fue salvado por Nausica, bella joven que vivía en lo que hoy es la isla de Korfu.

Tras unas dos horas de viaje, desaparece la calma. El viento empieza a soplar y eriza la mar. Se escuchan silbidos, ignotos y rugosos rumores de caracolas que llegan en espiral a mis oídos. La mente vuela como una gaviota sobre la superficie salada y se quiebra en

el abismo. De repente, el mar jónico, que desde mi tierra parecía pequeño, diminuto, se hace omnipresente, abrumador, infinito, abarca el mundo. Miro hacia un lado y me encuentro con otra isla. De repente, pienso en Eolo ¿Fue en aquella isla donde Eolo regaló a Odiseo el pellejo que encerraba las tormentas que Poseidón deseaba desatar para malograr su viaje? ¿Fue aquella isla donde arribó el héroe cuando sus hombres, creyendo que escondía un tesoro, abrieron el pellejo provocando horribles y mortíferos huracanes?

Quien sabe, tal vez, un viento como el de aquel día de agosto inspiró a Homero los citados pasajes de la Odisea.

****

Al cabo de tres horas de viaje llegamos al puerto de Sami, situado en la parte central de la isla de Cefalonia.

Sami es un puerto de mar con casas que tiene por ojos balcones que miran a Itaca. Casas bajas y pequeñas, como la mayoría de las islas griegas. El pueblo tiene un largo paseo marítimo con excelentes restaurantes que casi tocan el agua donde se pueden degustar las deliciosas aceitunas griegas, pez espada, atún, doradas, pulpos, calamares, y queso de la tierra, el omnipresente queso de cabra. Las aceitunas de intenso sabor homérico, las cabras y ese queso que sólo se hace en estas islas, son como las rocas y el

mar, no han cambiado desde hace miles de años. Seguro que Odiseo tomó aceitunas y queso y un poco de pan y vino nada más llegar a Itaca. Antes de que Atenea, la poderosa diosa virgen, le transformase en un viejo harapiento y despreciable que sólo fue reconocido por su fiel perro moribundo, Argos. No sé lo que haría el pobre Odiseo con Argos. Lo lógico es que quemara su cuerpo en un humilde altar y viera, con el llanto en los ojos, como se convertía en cenizas. Dicen que Jantipa, la mujer de Sócrates, hizo inhumar a su perro en un promontorio junto al mar.

¡Bebamos vino griego en honor a Dionisio al llegar a Sami! Estamos frente a las costas de Itaca. El viaje continúa.

Puerto de Sami

Sentados en la terraza de un pintoresco restaurante del puerto vemos el atardecer.

Una luz anaranjada se posa, se extiende y cubre la isla de Itaca en un impresionante crepúsculo homérico. Embarcaciones de pescadores y yates de lujo se balancean en el puerto de Sami que tal vez, hace más de dos mil quinientos años, vio partir otra clase de barcos en una expedición de castigo hacia la inexpugnable Ilion, la esforzada Troya.

Tras dormir en un hotel con vistas al mar, al día siguiente, a las nueve de la mañana, partimos, en una pequeña embarcación de madera, hacia Itaca.

Hace un calor abrasador. El mar te invita a refrescarte. Es imposible no pensar en los consejos del poeta Constantivo Cavafis: "Cuando vayas a Itaca zambúllete en las aguas verdes de Marias Ammos, Kashismata, Schinou, Vardola y Gidaki, las playas alrededor de la capital, Vhatí".

Aquel día la mar estaba en calma. El intenso cielo verdiazul era un reflejo del Olimpo. De la morada de nuestros primeros dioses y padres. Aquellos que nos enseñaron los borrosos límites que hay entre el bien y el mal, la comedia y la tragedia, la oscuridad y la luz, la razón y la embriaguez del espíritu. El aire traía la energía de una época remota y fascinante que se resiste a ser olvidada. Llegan recuerdos del amigo Prometeo, de aquel dios que se atrevió a crear al hombre y sufrió la terrible condena, siendo inmortal, de verse amarrado a una roca y contemplar como un horrible buitre (otros dicen águila) le devoraban las entrañas. El sol cae como el plomo, a fuego. El barco se abre camino con su quilla entre las

aguas. Ahí tienen un color azul turquesa y allá, en la costa, esmeralda, transparente, se puede ver el fondo. A veces saltaban sirenas de piel húmeda y resplandeciente que mostraban unos segundos sus senos y desaparecían con la agilidad de los delfines. Hicimos una pausa y me lancé al agua. Quería ir nadando hacia una playa de blanquísimos cantos rodados cuyas cristalinas aguas purifican y refrescan el cuerpo y el alma, e incluso te elevaban hasta tocar aquel cielo azul, hasta gozar con los ideales e ideas de los primeros griegos.

Tras nadar unos quince minutos, llegué a una playa y lo primero que hice fue palpar la tierra y coger unos guijarros ovalados que cubrían el lecho marino. Era como si de alguna manera acariciara, tras milenios de contenida ansiedad, el alma de Itaca. Era como coger arena que se diluye entre los dedos. Era como soñar con un sueño.

Tal vez el niño Odiseo lanzaba aquellos guijarros contra la superficie para ver como saltaban sobre el vientre marino. En aquella playa sólo había unas pocas personas. Me imagino que su acceso era difícil. Era el lecho de una pared acantilado cubierto de vegetación. Si mirabas hacia arriba sólo veías el borde del acantilado recortado sobre un hiriente cielo azul.

Me acerqué hacia un griego de piel curtida que tenía pinta de no ser de ninguna época y le pregunté:

- ¿Cómo se llama esta playa?

- Gidaki- me contestó-. Gidaki significa, cabras. Se llama así porque

por encima de aquellos riscos- dijo señalado a lo alto, al borde del precipicio- hay muchas cabras.

Las cabras

Paisaje de Itaca

Que con sus olivos milenarios

Y sus rocas petrificadas por las medusas

Fueron casa de Odiseo

Cuyo espíritu todos llevamos dentro…

Dejamos Gidaki y pusimos rumbo hacia la capital de Itaca, Vathi. Otro pueblo de mar que se encuentra en una coqueta y bellísima bahía. En un pequeño golfo cerrado de aguas profundas y seguras donde se asoman casas pequeñas de balcones mirando al infinito, a las ventanas abiertas de Nausica, a la suavidad de una marea que besa dulcemente el puerto, pequeño y limpio. Vathi es una graciosa y simpática población jónica que fue construida en el mismo lugar que el puerto homérico de Forkís.

Me dirijo al Hotel Mentor, el más famoso de la isla, y hablo con una chica de recepción, cuyo nombre es Sofía.

Le pregunto si hay habitaciones libres.

-No, está todo ocupado. Hasta la segunda quincena de septiembre no hay nada libre.

-¿Cómo son las habitaciones?¿Cuánto cuestan?- la interrogo.

-Las habitaciones tiene balcones con vistas al mar.

Miro hacia arriba y veo a una persona escribiendo desde uno de los balcones. Ahora se detiene y clava sus ojos en el infinito.

-¿Hay aire acondicionado?- insisto.

-Claro, todas tiene aire acondicionado. Pero repito, hasta la segunda quincena de septiembre no hay nada libre. El precio son 70 euros por día incluyendo el desayuno.

A la derecha del Hotel Mentor, que es pequeño y sólo tiene tres plantas, hay una pensión que es algo más económica. Cuesta unos 40 euros al día. También tiene vistas al mar y no está nada mal. La dueña me recibe con amabilidad y me reitera, al igual que Sofía, que no hay habitaciones disponibles hasta finales de septiembre. Eso no supone ningún problema para el viajero que busque hacer un viaje iniciático. La mejor época para visitar Itaca, una auténtica perla del jónico, es la primavera o el otoño. En esas estaciones hay escasos turistas en Itaca, isla que tomó el nombre, según los lugareños, de Itaco, hijo de Poseidón y de Anfimila.

Paseo por Vathi. Descubro pequeñas calas con aguas diamantinas ideales para leer un libro de poemas o volar con la mente dentro de Itaca a Itaca. Recorremos, mi amante y yo, varias partes de la isla.

Nos acechan extrañas formaciones rocosas, monstruos petrificados que tal vez algún día fueron gigantes. Vemos olivos milenarios que parecen vivos. Rebaños de cabras esparcidas por doquier que parecen comer de

todo, hasta piedras y cartón. Paisajes pobres pero de una extraordinaria belleza, playas encantadas y perros agotados por la canícula. En la parte sur de la isla, conocida como el "Castillo de Odiseo" (antigua ciudad de Alalcomenes) nos encontramos con algunas ruinas donde nos observan con luminosa divinidad algunos lagartos. Fue en este lugar donde el arqueólogo Schliemann, buscando el palacio de Odiseo, encontró restos de murallas y templos, cuya mayor parte se encuentran en el Museo Británico de Londres.

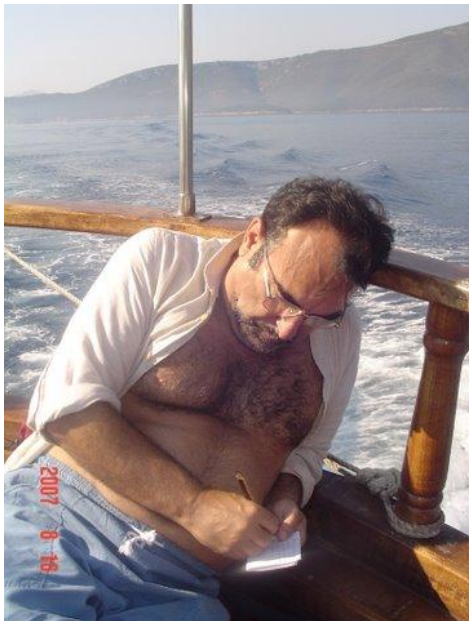
A unos tres kilómetros de Vathi se halla la curiosa Gruta de las Ninfas, lugar relacionado con la mitología y Odiseo, como casi todo lo que hay en Itaca. De la Gruta de Loizos, cerca del pequeño puerto de Stavros, se cuentan historias que se pierden en la noche de los tiempos. Esa caverna fue un antiquísimo lugar de culto, donde fueron descubiertas conchas de ostras con inscripciones que demuestran la adoración a las diosas Artemisa, Hera y Atenea, así como doce trípodes, regalo de los feacios (habitantes de la actual Korfu) a Odiseo.

Regresamos a Vathi y recorremos mercados entrañables donde se venden enormes sandias, aceitunas, queso, perojos, higos, melocotones y pasteles hechos con hojaldre y miel de origen turco-árabe. Chicas de piel blanquísima juegan con el mar. Alguna se baña desnuda, tal vez se llame Nausica, olvidando su pudor, y sonríe con la malicia de las sabias.

Se escucha música griega. Unos pocos gorriones se mueven entre las

copas de los árboles.

A la mañana siguiente vamos a Kioni bellísimo pueblo jónico que ha sido declarado por los griegos "patrimonio nacional". Un hombre nos habla de un lugar con restos micénicos al que llaman "La Escuela de Homero", está al norte de la isla, a una altitud de 500 metros sobre el nivel del mar. Es el lugar más remoto de Itaca y desde allí se contemplan unas vistas inmensas, infinitas, que casi llegan a Tebas, la Ciudad de las Cien Puertas, santuario del antiguo Egipto.



Deseo proseguir el viaje, pero antes releo el poema de Cavafis, "Itaca", que dice así:

Cuando partas hacia Itaca

pide que tu camino sea largo

y rico en aventuras y conocimiento.

A Lestrigones, Cíclopes

y al furioso Poseidón no temas,

en tu camino no los encontrarás

mientras en alto mantengas tu pensamiento,

mientras una extraña sensación

invada tu espíritu y tu cuerpo.

A Lestrigones, Cíclopes

y al fiero Poseidón no encontrarás

si no los llevas en tu alma,

si no es tu alma que ante ti los pone.

Pide que tu camino sea largo.

Que muchas mañanas de verano haya en tu ruta

cuando con placer, con alegría

arribes a puertos nunca vistos.

Deténte en los mercados fenicios

para comprar finos objetos:

madreperla y coral, ámbar y ébano,

sensuales perfumes, -tantos como puedas-

y visita numerosas ciudades egipcias

para aprender de sus sabios.

Lleva a Itaca siempre en tu pensamiento

llegar a ella es tu destino.

No apresures el viaje,

mejor que dure muchos años

y viejo seas cuando a ella llegues,

rico con lo que has ganado en el camino

sin esperar que Itaca te recompense.

A Itaca debes el maravilloso viaje.

Sin ella no habrías emprendido el camino

y ahora nada tiene para ofrecerte.

Si pobre la encuentras, Itaca no te engañó.

Hoy que eres sabio, y en experiencias rico,

¿comprendes qué significan las Itacas?

J. Cortines (Itaca, agosto de 2007)

Nota: Pocos meses después de ese viaje, el autor comienza a escribir en Seúl (Corea del Sur) su trilogía "El Robot que amaba a Platón", obra que termina en Shanghai (China) y publica poco después de establecerse en Cartagena (Carthago Nova) España, su actual lugar de residencia a fecha de hoy 27 de agosto de 2013.